

El guerrero del alba. La vida de Vicente Guerrero*

Uno de los ejercicios más llamativos para un historiador es leer una novela histórica y tratar de determinar qué es realidad y qué es imaginación del autor. Quien se precia de conocer la historia del periodo y la vida de Vicente Guerrero, al tener esta novela entre manos se pregunta a cada rato: ¿será cierto? ¿yo no sabía esto? Trata uno de averiguar de dónde sacó la autora su información, porque como es una novela, no tiene obligación de ofrecer un aparato crítico, de explicarse en notas a pie de página ni de revelar sus fuentes. Nada le constriñe, puede inventar diálogos, acontecimientos, geografía y personalidades. Y sin embargo, en este género en particular se trata de mantener la mayor fidelidad posible a la verdad histórica.

Desde el principio del libro hay datos que sorprenden. Como el hecho de que era costumbre, allí en Tixtla, no bautizar a un infante hasta al año de nacimiento. Parece extraño, ya que el propósito del sacramento era salvarle el alma aunque viviera un solo segundo. Tan fue así que el arzobispo ilustrado de México, al final del virreinato, insistió en la necesidad de

practicar a una parturienta muerta la operación cesárea, para poder bautizar al niño aunque no fuera a sobrevivir.

Los datos de la niñez de Guerrero son escuetos: aprende a leer y escribir con un maestro pagado por los padres de familia —como era muy común en el México de aquel entonces, carente de escuelas a pesar de las leyes que exigían su establecimiento en cada pueblo de la monarquía o en cada ayuntamiento—. El hecho de que su lengua materna fuera el náhuatl le facilitó el trato con la gente de campo. Ambos datos desmienten la ignorancia que se le asigna a los que no recibieron una educación en los adustos colegios —léanse internados—, que eran los menos evolucionados de toda la oferta educativa del México virreinal e independiente. La autora corrige otra equivocación acerca de Vicente, la de que provenía de una familia pobre. Al contrario, su familia prosperó con negocios de arriería, sistema de transporte más común de la época. El conocimiento de las rutas comerciales de la Tierra Caliente y de la costa del Pacífico fue invaluable para el futuro militar cuando atacaba a los realistas invasores de esas zonas de caminos peligrosos, sin mapas, sin posadas, sin comodidades para humanos o bestias.

* Raquel Huerta-Nava, *El guerrero del alba. La vida de Vicente Guerrero*, Grijalbo, México, 2007, 214 pp.

Raquel Huerta-Nava logra recrear la geografía humana y natural de los años de la guerra de independencia con tanta fidelidad que sin duda recorrió personalmente los caminos del sur del actual estado de Guerrero. Siguió a Vicente por barrancas y cerros, por haciendas y pueblos. Hay una abundante información acerca de batallas y encuentros fortuitos, a tal grado que le parece al lector tener frente a sí los informes de guerra: tantas bajas, tanto material tomado al enemigo, tantos prisioneros, tantas horas para lograr la victoria o aceptar la retirada. El conocimiento de la geografía es preciso, la cronología, hasta donde entiendo, es también la que reconoce la historia. La autora ha hecho una estupenda recreación de la bitácora de guerra de Guerrero. Cada movimiento militar, las fechas de llegadas y salidas, la geografía de Guerrero, Michoacán, Puebla y Veracruz, todo lo conoce al dedillo (aunque se equivocó en algo muy cercano, San Agustín de las Cuevas, que por supuesto es Tlalpan, no Tacuba). Lo que sí está inventado en esta historia es lo cotidiano, las conversaciones, las emociones —lo efímero que no queda en ningún documento para la posteridad—. Quién sabe si Raquel encontró el menú de la comida que ofreció Guerrero a Morelos o si lo imaginó, pero en cualquier caso se antoja: chalupitas de entrada, guiso de chiltequile, iguana en chile ajo, memelas y chilate, que es una bebida de cacao, arroz dorado y canela,

más un dulce de coco con piloncillo. Se conservan algunos menús o datos acerca de ellos, por ejemplo, los del gasto de ingredientes de una comilona preparada para Antonio López de Santa Anna en Querétaro. Los menús publicados durante los festejos del centenario, con que agasajara don Porfirio a sus invitados de otros países, también forman parte de nuestra historia culinaria.

La caracterización de Vicente Guerrero es muy positiva: la autora dice que era “un hombre muy cauteloso, ahorrativo, con un gran sentido de la perseverancia y una paciencia infinita”; que supo “defenderse [...] tanto con arma blanca, armas de fuego o a puño limpio y sobre todo, supo conocer el carácter de los hombres [...]”, afirmación dudosa si piensa uno en las últimas etapas de su vida, en que se aventuró en ambientes desconocidos, como los del Palacio Nacional en la Ciudad de México, en los cuales no tenía ninguna posibilidad de salir adelante. La autora agrega que era aficionado a las peleas de gallo, “las carreras de caballos, los bailes y las fiestas con guapas muchachas”, la bebida y el tabaco (sin excesos) y que era una persona alegre. Suena como la descripción de un ranchero próspero en cualquier parte del país.

Desde luego, falta el otro lado de la moneda, una explicación acerca del odio que algunos políticos, militares y miembros de la alta sociedad le tuvieron a este mulato de la costa del

Pacífico, soldado más que gente de paz, tal vez incapaz de vivir en tranquilidad. Carlos María de Bustamante le insultaba sin remordimientos. Cuando fue fusilado, Bustamante sintió que se había quitado un peso de encima a la nación. Generoso (y bastante hipócrita) rogó al Congreso ver por la viuda y la hija, pero cuando ellas pidieron ayuda para visitar a Guerrero antes de su fusilamiento, él hizo lo posible para obstaculizarles el viaje.

Se pinta a Guerrero como alguien obligado por las circunstancias a aceptar la presidencia aunque otro, Manuel Gómez Pedraza, hubiera ganado las elecciones, a doblegarse ante las maquinaciones de Joel Poinsett (que por cierto no fue embajador como dice el texto sino ministro plenipotenciario) y ser como Santa Anna, siempre dispuesto a dar hasta la última gota de sangre por el bien de la patria (según su propia retórica). Hay algunas incongruencias en esta historia que tarde o temprano tendrá que examinarse bajo lupa. Si Guerrero tuvo un gran apego a la legalidad, al grado de proteger al Congreso de Apatzingán y a sus dependientes con toda su fuerza, ¿cómo aceptó tan fácilmente la presidencia, siendo claramente ilegal su llegada a la silla del Ejecutivo? Si le importaba tanto la legalidad, ¿por qué los pronunciamientos constantes y la guerra del sur, que dejó en la quiebra al recién creado Estado de México? El porqué de sus decisiones es algo que no averigua

la autora. Esa otra historia está ausente, la explicativa de los ires y venires, de la aceptación de la presidencia de la república, de la reanudación de la guerra en el sur del país, que provocó una inestabilidad peligrosa a la república y obligó a mantener un ejército que de otra manera pudo haber sido licenciado.

El texto nos deja con preguntas y algunas ideas pocas precisas. Por ejemplo, no se puede, con propiedad, hablar de liberales y conservadores en la década de 1820. Mencionar a una mayoría conservadora en el Congreso, que buscaba disminuir la influencia liberal radical durante la presidencia de Guerrero, es asignarle una ideología política a los que fueron grupos de presión relacionados con la masonería escocesa. Otro problema es la idea de voluntad popular, su adhesión al federalismo y sus demandas de representación. Visualizar la participación política como si el pueblo tuviera voz es no reconocer su lejanía del poder. Falta recordar que la mayoría de la población vivía en pueblos y rancherías de menos de quinientos habitantes. No llegaba la escuela ni a la mitad, o tal vez a mucho menos —de hecho, no sabemos qué cobertura tenía la escuela en las zonas rurales—. Posiblemente 90% de la población no sabía leer ni escribir. Por supuesto que los pocos periódicos no circulaban fuera de las ciudades. Las noticias llegaban con los arrieros. Que se formara una voluntad popular era imposible en las condiciones del México de aquel entonces.

La supuesta importancia de Guerrero, que llevó a sus enemigos a la decisión de apresarlo y matarlo, es otro punto cuestionable. Huerta-Nava describe sus enfermedades (paludismo, que no se curaba nunca) y heridas de batalla. Las últimas fueron las más graves. Parece que le atravesó una bala que dañó seriamente el pulmón. Da la impresión de que sus días estaban contados sin necesidad de recurrir al fusilamiento. Alguien que sigue escupiendo sangre y pedazos de hueso, mucho tiempo después de recibir el balazo, no suena como en excelente estado de salud. Si la muerte iba a ser el desenlace de todas maneras, ¿por qué la saña en matarlo? ¿Por qué arriesgarse a todo lo que implica un asesinato político en la persona de alguien como Guerrero, venerado por su gente y por los antiguos insurgentes, pero vencido políticamente y con el cuerpo destrozado?

Hay otros puntos en este libro que habría que matizar. Decir que “Los hacendados de toda la nación eran esclavistas y su riqueza se fundaba en ese sistema económico”, sencillamente no es el caso. Tan es así que cuando las autoridades municipales quisieron liberar a algún esclavo en Orizaba en las fiestas patrias de septiembre de 1827, en esa zona que había tenido una importante población negra, no pudieron encontrar uno solo. Nunca hubo esclavos en una buena parte de la república y de ninguna manera crea-

ron la riqueza de sus amos (en tiempos posteriores a la independencia), salvo tal vez en contados casos y, aun así, ¿cuáles estudios confirman ese hecho? Coahuila-Texas es caso aparte. Es un solo estado (la autora se refiere a él como Texas, pero los dos formaban uno solo). Allí sí que había esclavos pero la actitud del gobierno mexicano siempre fue la de liberarlos en el momento de pisar el resto del país. Por eso no es fácil afirmar que “Nunca perdonarían al presidente Guerrero la emancipación de los esclavos” y que, como Lincoln, fue alcanzado “por la venganza de los esclavistas despojados”. Tampoco se puede afirmar que “muchos soldados insurgentes habían sido esclavos”.

Sin duda, Lorenzo de Zavala es un personaje clave en esta historia. Hombre de proceder tortuoso, nuestro primer político profesional, de conveniencias más que de principios, estuvo muy cerca, como gobernador del Estado de México, a la guerra del sur encabezada por Vicente Guerrero. Años antes Zavala había propiciado la revuelta que llevó a Guerrero a la presidencia. Además, era muy amigo de Joel Poinsett. Quién sabe qué papel desempeñó en la defensa o en la expulsión de éste. Si Zavala tuvo una opinión contraria a la de Guerrero respecto a este personaje, quién sabe cuáles fueron las consecuencias.

Nuestra autora atribuye a Zavala “la confiscación de los bienes de per-

sonas que ya no residían en el país”. Efectivamente, vendió una finca de los padres de San Camilo, cuyos productos financiaban las misiones en Filipinas. También trató de hacer lo mismo con las propiedades del arzobispo, en permanente autoexilio en España, pero sin mucho éxito. No se llevó a cabo una confiscación generalizada. Tampoco logró Zavala exigir la mitad de los bienes de los españoles radicados en el país, ni transferir a particulares “las propiedades de la Iglesia que habían quedado en el poder de las antiguas intendencias coloniales cuando se aplicó el real decreto de consolidación de vales reales”. De hecho, no queda claro a qué proyecto se refiere la autora. El no tener aparato crítico para explicar la procedencia de algunos de estos puntos priva al historiador y al público en general de un conocimiento más amplio sobre cada una de estas afirmaciones.

Finalmente, la caracterización de unos personajes cuyas vidas se entrelazaron con la de Vicente Guerrero deja al lector más que perplejo. Manuel Mier y Terán es uno de ellos. Al principio del libro, aparece como un hombre conservador, rodeado de mediocres. Al final, justo antes de clavarse la espada en su propio pecho, preso de la desesperación y seguramente del calor insoportable de Padilla, Tamaulipas, justamente donde fue fusilado su héroe Agustín de Iturbide, Mier y Terán ya es un esforzado general, igual que Santa

Anna. Santa Anna, obviamente otro personaje imprescindible en esta historia, tampoco queda bien ubicado. Llamar a José María Tornel “hombre íntegro y confiable” es lavarle las culpas a uno de los políticos veracruzanos más deshonestos e inmorales, justamente por inteligente y culto, que ha conocido la república. Seguramente le sonría complacido a nuestra autora desde las sulfurosas regiones infernales. También es muy cuestionable decir que la derrota de Isidro Barradas —cuyas tropas sucumbieron a la disentería en la costa de Tampico, y donde Santa Anna logró uno de los primeros triunfos que le dieron popularidad, al llegar a tiempo para darles el tiro de gracia— no significaba “la independencia real” ni el rompimiento “definitivo con España”. Más bien, fue un incidente que no llegó a mayores, aunque tuvo mucha resonancia en Europa. Para ese momento, la reconquista hubiera sido punto menos que imposible y el único que no lo sabía era Barradas. Se enteró muy pronto y se fue.

¿Qué tenemos, finalmente, en este libro sobre el guerrero del alba? Una historia de vida, una cronología cuidadosamente trabajada, una riqueza documental escondida a los ojos del lector. Quedan muchas preguntas, muchos por qué, muchas situaciones que aclarar, algo de frustración por no entender las motivaciones, mucho de admiración por las penalidades que sufrieron los combatientes y sus

mujeres e hijos que les acompañaban. Huerta-Nava aprovecha los momentos de historia familiar para entregarnos un relato que conmueve, que recuerda los sacrificios de esos años, las innumerables traiciones, las componendas y las negociaciones que, tras años de guerras y revueltas, dieron vida a una nueva nación. Con unos oríge-

nes tan traumáticos, se comprende que el camino hacia la estabilidad y la modernización no sería fácil de trazar. La historia del México independiente lo confirmó plenamente.

Anne Staples
El Colegio de México